

## La comunidad: verdad y misericordia\*

### El problema fundamental y original

Cuando empecé a preparar esta intervención, en el Oficio de Vigilias, se leyó la lectura de la tercera carta de san Juan, y me llamó la atención la insistencia del apóstol, en este breve texto, por el tema de la verdad, y una verdad que siempre se manifiesta o se niega en el contexto de la vida comunitaria.

*“Yo, el Presbítero, saludo a mi querido hermano Gayo, a quien amo en la verdad (...) Me alegré mucho cuando llegaron algunos hermanos y dieron testimonio de tu adhesión a la verdad, porque efectivamente tú vives de acuerdo con ella, y mi mayor alegría es saber que mis hijos viven en la verdad.*

*Querido hermano, tú obras fielmente, al ponerte al servicio de tus hermanos, incluso de los que están de paso, y ellos dieron testimonio de tu amor delante de la Iglesia. Harás bien en ayudarlos para que puedan proseguir su viaje de una manera digna de Dios, porque ellos se pusieron en camino para servir a Cristo, sin aceptar nada de los paganos. Por eso debemos acogerlos, a fin de colaborar con ellos en favor de la verdad. Yo escribí una carta a la Iglesia, pero Diótrefes, que aspira a ocupar el primer puesto en ella, no reconoce nuestra autoridad. Por eso, cuando vaya, le echaré en cara el mal que hace hablando en contra de nosotros. Y no contento con esto, no quiere recibir a los hermanos, y a los que quisieran recibirlos, les prohíbe que lo hagan y los expulsa de la Iglesia.*

*Querido hermano, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace el bien pertenece a Dios, pero el que hace el mal no ha visto a Dios. En cambio, todos dan testimonio en favor de Demetrio, y la verdad confirma este testimonio. Nosotros también lo hacemos, y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero. (...)*

Al leer este texto, fue como si las expresiones y sentencias de San Juan fuesen una descripción de los sentimientos que vivo al tener que enfrentarme, cada vez más, con la vida de tantas comunidades de nuestra Orden, y no solo en nuestra propia Orden. Gradualmente, a medida que desarrollo el ministerio que me ha sido confiado, que es básicamente el de ser pastor de comunidades, pastor de diferentes rebaños en lugar de serlo de ovejas individuales, experimento cada vez más que, en la base de todos los problemas que surgen en las comunidades, el problema esencial es el de *la verdad*.

---

\* Conferencia pronunciada en francés también en Ávila el 20 de junio de 2017, durante el encuentro de la *Asociación Internacional de la Comunidades laicas Cistercienses*, a las que agradezco sus traducciones en español e inglés.

En el encuentro con una comunidad, por ejemplo, en una visita canónica, la primera cosa que a menudo salta a la vista, es la falta de unidad, de fraternidad, en resumen, la falta de amor. Pero si se mira de cerca, si se profundiza, vemos que en la raíz de esta falta de amor hay una falta de verdad. En otras palabras: cuando visito a una comunidad, me doy cuenta de que lo que está en juego es sin duda el amor, la unidad, la fraternidad, la comunión, pero para desarrollar el amor en una comunidad, lo que está en juego es la verdad.

### **La forma de la serpiente**

La falta de verdad es algo difícil de entender. Desde el principio, tiene la forma simbólica de la serpiente, la serpiente que, por la mentira o media mentira, precipitó a la criatura humana al pecado. Se podría decir que las medias mentiras son quizás incluso un mayor engaño que las propias mentiras. Por ello las medias mentiras son peores, hacen más daño, que las mentiras completas. Si es de noche, sé que la luz no está presente, pero si estando en la penumbra, creo que puedo ver con claridad, entonces estoy equivocado. Jesús hizo alusión a este peligro cuando dijo: *«Sea vuestro lenguaje: "sí, sí"; "no, no": que lo que pasa de aquí viene del Maligno.»* (Mt, 37)

La mentira es lo contrario de la verdad. Pero la mentira a medias coincide con la media verdad. La verdad es como el café: está bueno o muy caliente o helado; tibio da asco. *"Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca".* (Apocalipsis 3,15-16). ¿Quién dijo esto? *"El que es el Amén, el testigo fiel y verdadero, el Principio de la creación de Dios"* (3:14). Y añade: *"Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepíentete"* (3,19), lo que significa: a los que amo, les digo la verdad, la verdad de su vida, de su postura ante la vida, incluso si esto significa revelar la mentira a medias en la que viven.

Básicamente, la media mentira es la mentira que no se logra desenmascarar. La media mentira, de hecho, se esconde detrás de una verdad a medias. Es difícil y agotador estar delante de una persona o una comunidad de la que nunca llegamos a penetrar la media verdad en la que está para llegar a encontrarnos frente a frente con la mentira a medias que se esconde detrás de ella. Son como la luna, de la que solo podemos ver una cara iluminada, o como un "tentetieso", que, aunque lo movamos siempre, queda en la misma posición debido a un peso oculto en su interior.

A veces, nos parece llegar a esa parte oculta, pero en cuanto se toca, la media verdad reaparece como un escudo, y nos tenemos que retirar sin haber tocado el fondo de la cuestión, aquello que permitiría ser iluminado por la verdad e iluminar también la cara oculta de la luna.

Tengo que reconocer que este es el aspecto más doloroso de mi ministerio. Pero también la experiencia que me permite ser más y más consciente de mis propias medias mentiras y medias verdades, mis propias caras ocultas.

A menudo estamos convencidos de que podemos mantener oculto un rostro que por el contrario, a la larga, es obvio para los demás. Cuando nuestra cara oculta se descubre, es una toma de conciencia que nos humilla, pero esto puede ser nuestra salvación si la aceptamos, incluso, con un poco de buen humor. Recuerdo una vez que un amigo me preguntó de pasada, "¿No eres un poco caprichoso?". Otro me dijo en un tono claro: "¡eres muy goloso!". Y podría citar muchos otros ejemplos, menos simpáticos.

## **Actitud de confesión**

La toma de conciencia sobre nosotros mismos, que en una vida comunitaria sana se debería suscitar y mantener durante el proceso de conversión, es esencial para el ejercicio de la misericordia. Sólo Dios puede ser totalmente misericordioso sin tener que experimentar la vergüenza de su propia miseria. Nosotros necesitamos tener conocimiento de nuestra miseria, sentir la humillación, para tener una naturaleza compasiva con nuestros hermanos y hermanas. ¿Somos nosotros, entonces, ciegos que guían a otros ciegos? Quizás seamos tuertos que acompañan a otros tuertos, pero con la condición de que nuestro único ojo nos haga ver que no lo vemos todo, que hay en nuestra vida una zona oscura que no somos capaces de ver. Una zona de oscuridad que hemos aceptado que tenemos que traspasar, reconocer, o por lo menos, admitir que otros las pueden reconocer (nosotros no podemos ver nuestra nuca), y nos las dicen y muestran desde su luz como si fueran un retrovisor.

Veo por todas partes cómo los superiores y las comunidades empiezan a ir bien y a hacer el bien desde el momento en que aceptan que en ellos hay medias verdades y medias mentiras, y que necesitan iniciar un proceso de conversión en el que pueden reconocerlas, sanarlas, al tiempo que son una ocasión para crecer en la verdad y en la humildad. Una abadesa de nuestra Orden recordó a sus hermanas en un capítulo que no estamos llamados a ser testigos de *perfección*, sino testigos de *conversión*. Una mentira reconocida se convierte en verdad, la verdad de la persona que la reconoce, que la confiesa. Y este acto de verdad tiene una fuerza radiante que nunca se queda sin fertilidad, sin ser una influencia positiva en los que nos rodean y, sobretodo, por la misteriosa comunicación que Cristo, haciéndose hombre, ha creado en la humanidad.

Tal vez podamos tomar mayor conciencia de ello a través de la gracia del Año Santo de la Misericordia y el énfasis en una renovación de la práctica del sacramento de la penitencia. Pero quizás no siempre captamos como la insistencia del Papa Francisco sobre la infinita gratuidad del perdón de Dios tendría que ayudarnos a vivir este sacramento, más bien como el sacramento de la verdad y no de la penitencia.

El término "confesión" después del Concilio ha quedado algo anticuado, pero, quizás sea la mejor manera de calificar este sacramento, ya que *confesar* implica afirmar la verdad, decir la verdad, en este caso, del mal que hay en nosotros, de nuestros pecados, de nuestras mentiras.

Confesar nuestros pecados es un acto de afirmar nuestra verdad sobre nosotros mismos, del mismo modo que confesar nuestra fe es un acto que afirma la verdad de Dios, un acto que puede llevarnos hasta el martirio. Aquello que une estas dos confesiones es la verdad. La verdad, es verdad, ya sea cuando la expresamos sobre nuestra miseria o sobre Dios. Esto es lo que hace tan intensas *Las Confesiones* de San Agustín. Pero también el *Salmo 50*, el *Miserere* de David. La verdad más profunda de Dios está en su amor misericordioso, el pecador que confiesa sus pecados para abrirse al perdón, tal vez, hace la más sublime confesión de la verdad de Dios que un ser humano pueda expresar.

Cuando una comunidad cultiva esta actitud de confesar la verdad de sí delante del otro, que desactiva la lógica de la mentira, puede convertirse en un lugar de misericordia, un lugar de amor. Sin la verdad, y en primer lugar, *esa* verdad que escogemos acusándonos a nosotros mismos, la comunidad llega a ser un grupo de falsos hermanos.

Esta es la experiencia más desagradable en la visita canónica a algunas comunidades: cuando todo el mundo expresa su media verdad acusando a los demás de sus medias mentiras, al final me encuentro tan estupefacto y aturdido, mirando al vacío, y me pregunto: ¿A quién debo creer? ¿Es posible creer a alguien? ¿Dónde está la verdad?

### **Acoger la verdad**

Pero es precisamente en estos momentos cuando se revela con toda su luz lo que podría llamarse la verdad de la verdad. La verdad de la verdad es que nosotros mismos no podemos buscar y encontrar la verdad dentro de nosotros mismos, ni entre nosotros, sino que la tenemos que acoger de Otro, de *“el que es el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”* (Ap 3,14). Cuando buscamos la verdad como si fuese nuestra, más pronto o más tarde fracasaremos. Como Pilatos en el juicio de Jesús. Él también se dio cuenta de que la verdad no podía venir de los judíos, ni de la muchedumbre, ni de los testigos. En el transcurso de su investigación, en la que no llegaba a ninguna parte, por un instante, tuvo la intuición de que la verdad sólo podía venir de Jesús: *“¿Qué es la verdad?”* (Jn18, 38). Pilatos hizo la pregunta, pero huyendo de la respuesta.

En Jesús hubo un silencio y una palabra que desconcertaron a Pilatos, pues tiraba por tierra todas las mentiras o medias mentiras de todos los que intervenían en su proceso. También desenmascaró la propia mentira de Pilatos:

*“Pilatos entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le respondió. Entonces le dijo Pilato: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte y autoridad para soltarte? Respondió Jesús: Ninguna autoridad tendrías contra mí si no te fuera dada de arriba”* (Jn 19, 9-11).

El verdadero problema de la falta de verdad dentro de un grupo humano, y especialmente en las comunidades, no es tanto las mentiras, medias mentiras o medias verdades, sino el olvido de que la verdad no viene de nosotros, no es obra nuestra, ni individual ni colectiva. La verdad para nosotros es siempre una revelación, un *apocalipsis* en el sentido etimológico del término, algo escondido que se manifiesta, una des-velamiento de una verdad que no es nuestra ni creada por nosotros. La tentación más grave de la serpiente, en el fondo, es sugerirnos que podríamos ser nosotros mismos los creadores de la verdad.

Recientemente, en una muy buena comunidad de monjas de nuestra Orden, se descubrió que una hermana joven había logrado, durante seis años, construir todo un castillo de mentiras acerca de sí misma, de su pasado, de su familia, de sus amigos. Luego, poco antes de su profesión solemne, gracias a una circunstancia trivial, sus superiores pudieron descubrir su mentira por un pequeño detalle, y que hizo que todo el castillo se desmoronara. La hermana, como es natural, tuvo que dejar el monasterio de inmediato. Pero la comunidad se encontró a sí misma como frente a un absurdo. ¿A quién podemos creer, en quién confiar, si durante seis años un miembro de la comunidad les hiciera creer tantas mentiras? También yo he experimentado esto un par de veces, por ejemplo, descubriendo que personas que inspiraban toda nuestra confianza y que parecían ayudarnos con gran profesionalidad y generosidad eran sólo estafadores sin escrúpulos. Pero en el caso de los estafadores, la mentira, al menos, tiene "sentido" al intentar estafarnos. Es terrible, pero no es demasiado absurda. Pero esta hermana, ¿por qué mentir? Ella no ocultaba un pasado de su vida o de su familia que hubiera podido impedir su acogida en la comunidad. Fue mentir por mentir. Por supuesto, esto puede ser, y probablemente se explique, por un trastorno psicológico grave. Pero, también creo, que este comportamiento nos alerta de algo que no se debe olvidar: *la mentira tiene un encanto*, el encanto de la serpiente, el encanto de Satanás, que es el encanto del poder, de un poder muy sutil, muy "espiritual": *el poder de crear la verdad*, de ser nosotros mismos los creadores de la verdad. El encanto de poseer la verdad sin recibirla de Dios, y por lo tanto sin recibirla a través de la realidad, la realidad de nosotros mismos, de los demás, de todo. Es un encanto que hace carantoñas esencialmente al orgullo, el de Lucifer, la primera criatura que quería crear una verdad sin recibirla de Dios, sin escuchar a Dios, sin obedecer a Dios. Satanás no es mentiroso por miedo, sino por orgullo, por la ambición del poder, por la vanidad. Como Jesús dijo con amargura, dirigiéndose a los fariseos: "*Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Este era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad, porque no hay verdad en él; cuando dice la mentira, dice lo que le sale de dentro, porque es mentiroso y padre de la mentira. Pero a mí, como os digo la verdad, no me creéis.*" (Jn, 8 44-45)

Por la tanto, ¿no deberíamos ver esta misma raíz envenenada en las acusaciones que, a menudo, se hacen circular entre hermanos y hermanas, entre los miembros de una familia, de una comunidad, de la Iglesia, de un pueblo?

La acusación al otro muy a menudo hace sentir el sabor excitante de ostentar el poder de creación de la verdad sobre nuestro prójimo, sobre nuestro hermano, sobre todos y todos.

### **De la maldición a la bendición**

*"Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados". (Lc 6,36-37).*

Grande es la insistencia en el Nuevo Testamento y, actualmente del Papa Francisco, en evitar las palabras que maldicen, que hablan mal de otros, que juzgan a los otros, porque con esta actitud se niega que la verdad viene solamente de Dios, un Dios que es Padre misericordioso.

San Pedro, en su primera carta, insiste sobre este tema, como hará también San Benito en el prólogo de su Regla, citando el Salmo 33:

*"Y por último, tened todos el mismo sentir, sed solidarios en el sufrimiento, quereos como hermanos, tened un corazón compasivo y sed humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto, sino al contrario, responded con una bendición, porque para eso habéis sido llamados, para heredar una bendición. Pues quien desee amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal y sus labios de pronunciar falsedad; apártese del mal y haga el bien; busque la paz y corra tras ella." (1 P 3,8-11; cf. Ps 33,13-17)*

La bendición, de la que San Pedro nos habla aquí, no debe entenderse sólo como un gesto de bondad o una actitud de benevolencia, sino como un acto de verdad, esto es: "decir bien" del otro. Y aquí queda claro que esta verdad buena que decimos del otro y sobre el otro no viene de nosotros, es una verdad que debemos pedirle a Dios y recibirla de Él: "responded con una bendición" (1 P 3,9). Por lo que también nosotros nos abrimos en esta bondad de la verdad proveniente de Dios: "para heredar una bendición".

Como ya he mencionado, a veces oímos en las comunidades tantas acusaciones, tantos problemas, escuchamos tantas maldiciones de unos sobre otros, que no se sabe ya a quién creer, que no se sabe ya dónde está la verdad. Puede que nos consuele que San Pedro, San Pablo, San Juan y San Jaime, experimentaron lo mismo en las primeras comunidades cristianas... Pero, sobre todo, ellos estaban de total acuerdo en que nunca hay que buscar la verdad confrontando las habladurías, sino buscando la manera de *responder con una bendición*, la *verdad buena* que Dios dice y quiere para todos y cada uno de nosotros. Hay que buscar, o crear, una grieta, una fisura que permita que en esta situación de mentira entre la verdad original de la bendición de Dios.

Hablo de mentira, incluso si los que acusan y critican puedan, a menudo, tener razón. Tener razón no es todavía conocer la verdad. Porque la verdad es una realidad total que ningún hombre, como hombre, puede comprender en su totalidad.

Nunca se renueva una comunidad a partir de acusaciones, aunque sean justas. Se puede tener razón al describir el comportamiento de un hermano, una hermana, una comunidad entera, pero todavía no se ha alcanzado la verdad sobre ellos. Sólo Dios puede conocer y entender la verdad de una persona, de un corazón, de una vida, de una libertad.

Entonces, ¿significa esto que nunca podremos alcanzar esta verdad? Sí se puede, pero sólo si nos ponemos en disposición de acoger la verdad de Dios sobre la otra persona, y por supuesto, y en primer lugar, sobre nosotros mismos.

### **Ser obedientes a la verdad de amarnos como hermanos**

Lo esencial de nuestro tema se expresa en una hermosa síntesis en dos versículos de la primera carta de San Pedro. Dice así:

*“Puesto que en obediencia a la verdad habéis purificado vuestras almas para un amor sincero de hermanos, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro. Pues habéis nacido de nuevo, no de una simiente corruptible, sino de una que es incorruptible, es decir, mediante la palabra de Dios que vive y permanece” (1P 1,22-23).*

La obediencia a la verdad nos purifica para amarnos como hermanos. Y aquí Pedro nos ayuda a comprender que la obediencia a la verdad coincide con un renacimiento desde lo alto, a ser engendrados por Dios, por medio de la semilla incorruptible de su palabra viva y eterna.

Me parece que estas palabras de San Pedro expresan lo esencial de todo el camino de conversión de vida que nos propone San Benito en su Regla, y que los Cistercienses retomaron con el deseo de profundizar. Toda la Regla, de hecho, propone un acompañamiento de purificación de nuestras almas, es decir, de nuestras personas, que culmina en una escucha obediente de la verdad sobre Dios, de nosotros mismos y de los demás y que da como fruto el amor fraterno, es decir, una "*philadelphia*" sincera, literalmente "no hipócrita", donde nos amamos unos a otros con un corazón puro, verdadero, atento: se podría decir "transparente". Y esta obediencia es filial, porque nos permite vivir la escucha como un engendramiento interior por parte de Dios, que nos hace verdaderamente "renacer" a través de su Palabra, su Verbo vivo y permanente, que queda con nosotros.

Este pasaje de San Pedro es demasiado intenso para agotarlo hoy, especialmente en relación con la Regla de San Benito, que es como la difusión de este núcleo en el tiempo y en el espacio de nuestra vida en todos sus aspectos.

## Pistas de trabajo

Evoquemos algunas líneas de trabajo y de reflexión que nos puedan ayudar a profundizar, extrayendo desde la fuente de nuestro carisma los elementos esenciales y, en mi opinión, los más urgentes hoy, ya sea para monjes y monjas, que para los cristianos laicos que buscan orientación para vivir en el mundo su vocación en plenitud.

En primer lugar, si la verdad no es un producto nuestro, y si al mismo tiempo tenemos necesidad de ella para vivir en plenitud el amor fraterno, es esencial no evitar nunca la obediencia a la verdad de la palabra de Dios. Eso significa que no es posible alcanzar el amor sin la escucha, sin la obediencia a la Palabra. En consecuencia, sin el silencio, sin el silencio de la meditación de la palabra de Dios, en que tanto nos insiste San Benito. Me repito, pero este es un problema muy grave en muchas comunidades: pretenden amarse los unos a los otros, pero no buscan la renovación en la fuente de la obediencia a la verdad. No se cultiva el silencio para aprender a bendecir en lugar de maldecir; ni se escucha la buena y bella palabra del Evangelio, la única que puede engendrar en nosotros una *philadelphia* sincera.

Pero, para que la verdad no sea el producto de nuestra ansia de poder, los que son responsables de cualquier comunidad no deben renunciar al ministerio de la generación mediante la semilla de la palabra viva y permanente de Dios. Un superior que no enseña, que no intenta, al menos, preocuparse por nutrir con el alimento necesario de la palabra a su comunidad, nunca va a formar una comunidad de hermanos o hermanas.

Unido a esto está la importancia de la tradición, en el sentido profundo y no superficial: la transmisión de la posesión de la semilla de la palabra viva de Dios a través de los siglos, a través de los santos, los carismas que el Espíritu ha sembrado, a través del Magisterio de la Iglesia entera. Esto es esencial para no reducir la verdad a un producto estéril de nuestro orgullo y de nuestra vanidad.

Hay un aspecto que me parece cada vez más necesario que se recupere hoy: la comunión en la escucha de la palabra de Dios. Una comunidad vive *philadelphia* real y sincera si cultiva su unidad en la escucha común y compartida del Verbo de Dios vivo y presente, en la liturgia, por supuesto, pero también mediante el intercambio de la Palabra en el diálogo. Compartir la palabra de Dios significa compartir el silencio y la palabra, las experiencias, las alegrías y las penas, como un pueblo peregrino en el desierto. Sin esto, una comunidad no estaría unida por la vida, como un cuerpo, sino por su funcionamiento, como una máquina.

Hoy, el mundo necesita testimonios de una comunión fraterna viva, y ver que, a pesar de todas nuestras miserias, realmente *“el amor y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan”* (Sl 84,11) como dos esposos, para dar vida.